

EL FANTASMA Y YO

Patricia Truffello

1

La casa estaba vacía desde hacía muchos años. El aire de mar había soplado bajo las puertas cerradas, enmohecendo los colchones, ajando las tablas del piso, haciendo crujir las maderas, sin hallar más resistencia que los muebles, pesados y oscuros, cubiertos con sábanas. Noches y días, seguidos de otras noches y de otros días, destiñeron los marcos de las ventanas, incrustaron de sal y humedad los pesados cortinajes, y rompieron algunos vidrios. El tiempo se había convertido en un horizonte vacío. Nada interrumpía esa soledad sin fin.

Una tarde lluviosa y gris de julio algo se abrió paso por el camino que bordeaba la costa. Un punto de color rojo entre aquel paisaje en blanco y negro. En cada curva desaparecía de la vista, igual que un espejismo momentáneo, y luego resurgía por entre las rocas calizas. El punto creció a medida que se acercaba, hasta transformarse en una vieja camioneta Ford roja que avanzaba dando tumbos.

Margo miró por la ventanilla del auto. El reflejo del vidrio le devolvió su propia imagen; la frente amplia enmarcada por el pelo castaño, que llevaba casi siempre recogido en una trenza, y unos ojos grandes y pardos, que esa tarde se veían más melancólicos que de costumbre.

Vestía jeans desgastados en las rodillas y lo que parecía un viejo suéter de hombre, una prenda gris, sin forma, que cubría voluminosamente su cuerpo delgado.

El pueblo costero de San Bartolomé, situado en la desembocadura del río del mismo nombre, se desplegaba en torno a una bahía de arenas grises, rodeada de grandes acantilados y bosques que se descolgaban hasta el mar. En la hondonada, detrás de la casa de huéspedes, se encontraban las tiendas y la iglesia, que era muy pequeña, pero que servía al reducido número de fieles con los que contaba el lugar. Un poco más allá se ubicaban las casas residenciales y un edificio de ladrillo rojo que constituía el único colegio de la zona. Un pequeño cañón, que subsistía cerca del muelle como reliquia fosilizada de alguna guerra, miraba hacia el horizonte, casi siempre cubierto por la niebla.

Su mirada recorrió la playa vacía, amurallada por el acantilado y los árboles, que a causa del viento constante se inclinaban en sentido contrario a la costa. Sus dedos helados buscaron los de su hermana Eva, que estaba sentada a su lado y no había dicho una palabra en todo el camino. La camioneta se detuvo donde la senda terminaba abruptamente, sobre el acantilado. Le pareció que su vista la engañaba, quizás por efecto de la llovizna y del cansancio del viaje. Frente a sus ojos estaba la casa más extraña que había visto en sus doce años de vida. Se asemejaba a un barco, con dos plantas de muros redondeados de hormigón, un balcón con barandillas metálicas que parecían una proa y una ventana tipo ojo de buey

junto a la entrada. Los postigos de las demás ventanas, que alguna vez debieron ser azules, eran ahora de un celeste desvaído. Margo sintió que algo le aprisionaba la garganta. ¿Cómo era posible que fueran a vivir allí? Se quedó inmóvil dentro del auto. Vio la cara amplificadas de su madre frente a ella.

—Abajo, niñas. Hemos llegado.

Margo abrió la puerta de la camioneta y salió. Un olor a pescado y a sal le entró por la nariz. Chubi la siguió. Era un border collie de pelaje denso y suave, blanco con negro. Olfateó el aire con su nariz húmeda y oscura como el hollín y movió la cola, con un mechón blanco en la punta, contento de estar por fin en tierra firme. Eva también saltó alegremente del auto.

—Así que esta es «La Encantada» —dijo Constanza observando satisfecha la casa—. Es realmente encantadora, como dice su nombre.

Margo se preguntó si su mamá estaría viendo lo mismo que ella. La hierba que crecía a su alrededor era tan alta que se doblaba sobre sí misma. No había timbre junto a la puerta, solo un manojito de cables. Debió haberlo sido en su momento, pero, o bien lo habían quitado, o lo había masticado algún animal salvaje. Unas palomas salieron volando por una de las ventanas rotas.

—Ya sabemos dónde duermen las palomas —dijo Margo—. ¿Dónde dormiremos nosotras?

—Aquí nos divertiremos de lo lindo, niñas. Vamos a bañarnos en el mar, remar y hacer castillos de arena —dijo Constanza.

—Quiero hacer un castillo de arena —dijo Eva. Tenía un aspecto un poco salvaje con el pelo rubio oscurecido y desordenado que le caía por la espalda y esos ojos grises y cambiantes. Deslavados en las mañanas nubladas, celestes con los rayos del sol.

—Hazle dos piezas y me voy a vivir contigo —dijo Margo.

—No puedes. Es un castillo para las gaviotas.

—A los pájaros no les gusta estar encerrados, Eva.

—No es para las que están vivas. Es para las gaviotas muertas —dijo ella.

Constanza y Margo cruzaron una mirada. Se habían dado cuenta de que Eva nunca sería como los demás niños cuando tenía tres años. Pasaba el tiempo ensimismada y ajena al mundo que la rodeaba y no habló hasta que cumplió cinco. Entonces soltó frases enteras como si siempre hubiesen estado guardadas dentro de ella, aunque a los nueve años seguía encerrada en su cabeza, donde existía un mundo, una realidad distinta de la de afuera.

Las tres se dieron vuelta cuando oyeron el ruido de un automóvil. A medida que se acercaba, vieron que se trataba de un Toyota blanco que ascendía a duras penas por el camino de tierra. El auto se estacionó frente a la casa y de él bajó un hombre alto vestido con una chaqueta oscura. Tenía una cara alargada y pálida, mejillas ahuecadas y mirada opaca.

—Buenas tardes, señora. Mi nombre es Bruno Santini. Hablamos ayer por teléfono.

—Buenas tardes, señor Santini. Yo soy Constanza. Esta es Margo y ella es Eva.

Eva se escondió detrás de su hermana.

—El camino está mucho peor de lo que yo pensaba —dijo él—. Qué casa tan rara. Parece un barco encallado.

—Nos encantó —dijo Constanza.

—Debería ver el interior primero —dijo él.

—No era necesario que viniera hasta acá, señor Santini. Yo podría haber pasado a buscar las llaves a la oficina de propiedades.

—La señora Carlota me pidió que me encargara personalmente de todos los detalles derivados de su voluntad testamentaria.

—¿Usted es su albacea?

—Algo así. Soy... era su secretario. La apertura de su testamento nos tomó a varios por sorpresa. Yo era muy cercano a la señora, pero jamás la oí hablar de usted ni de sus hijas.

—Era hermana de mi abuelo y a nosotras también nos sorprendió muchísimo que nos dejara esta casa. Yo solo la vi una o dos veces, cuando era niña. Pensé que no se acordaba de mí.

—Ya ve que sí —dijo él en un tono frío—. ¿Entramos? —se adelantó y metió la llave en la cerradura mohosa, que al principio se resistió, pero que luego abrió la puerta. Entró él primero. Constanza tomó a Eva de la mano y lo siguió. El aire adentro parecía refrigerado.

—Huele a algas podridas —dijo Margo.

—Es que lleva un tiempo cerrada —dijo Constanza.

—¿Cuánto tiempo? ¿Dos mil años? —dijo Margo.

—Se construyó en 1920 —dijo Santini—. Pero hace muchos años que está desocupada.

Frente a la entrada, una escalinata en curva ascendía hasta el segundo piso. En el salón a la derecha había una chimenea de mármol negro que tenía tantas telas de araña que parecía envuelta en un velo. El desteñido papel mural empezaba a desprenderse en jirones, como si tuviera lepra.

—Me figuro que su idea es vender la casa —dijo Bruno Santini.

—Por ahora nos quedaremos —dijo Constanza.

—Yo no lo haría si fuera usted. Este lugar no está en condiciones de ser habitado. Si la vendiera podría comprarse algo más moderno y mejor ubicado.

—Ya veremos —dijo Constanza.

—Está muy aislada para una mujer sola.

—No estoy sola. Estoy con mis hijas.

—Sin la protección de un hombre, quiero decir.

—Donde viva estaré desprotegida, ¿no le parece?

—Pero no tan aislada.

—Muchas gracias por su preocupación, señor Santini, pero estaremos bien.

Mudo, pero ostensiblemente en desacuerdo, el señor Santini asintió.

—Las dejaré para que se instalen. Cualquier cosa, esta es mi tarjeta —le entregó una cartulina con su nombre y su teléfono, y se despidió solemnemente.

Cuando la puerta se cerró tras él, Margo dijo:

—Esta debe haber sido la casa de veraneo del conde Drácula.

—El living necesita algunos retoques —dijo Constanza.

—Necesita que lo quemem —dijo Margo.

—Hay una energía especial en esta casa, ¿no creen, niñas? ¿No sienten que nos da la bienvenida? ¿Como si nos hubiera estado esperando para que la rescatáramos de estar tan vacía?

Margo le dirigió una mirada torva. Así era su madre. Pensaba que nada ocurría por casualidad y que unos dioses, en su mayoría benévolos, velaban por su destino. Eso la llevaba a creer que todo era bonito, inclusive lo feo; que todo era bueno, especialmente lo malo, y que todo estaba bien, aunque las cosas empeoraran día a día.

Constanza empezó a quitar las sábanas que cubrían los muebles, soltando una nube de polvo que a Margo le llegó hasta la garganta.

—La tía fue demasiado generosa con nosotras. No me lo explico. No se me ocurre por qué se le ocurrió dejarnos la casa. Quizás no tenía más parientes.

—Quizás fuiste la única que aceptó vivir en este lugar en medio de la nada, que seguro construyeron como refugio del apocalipsis zombi —dijo Margo cuando dejó de toser.

—Cuando te acostumbres te gustará —dijo Constanza mientras corría las pesadas cortinas de terciopelo, sin mucho efecto, porque los vidrios oscurecidos por el polvo no dejaban pasar la escasa claridad del exterior.

—Y entonces nos iremos.

—La vida es cambio y, además, el pasado...

—... no existe, el presente es un regalo y el futuro es un misterio —Margo completó la frase favorita de su madre con la voz llena de hastío.

—La pintaremos por dentro de color azul, como el mar. Será entretenido ir arreglándola de a poco. ¿No te parece, Margo?

«No», pensó Margo, «no lo será».

—Sí —contestó sin ningún entusiasmo—. Entretenido.

Se fijó en las oscuras repisas sin libros y las paredes, donde cuadros que seguramente llevaban años colgados habían dejado sombras fantasmales. Constanza levantó otra sábana polvorienta y dejó a la vista un piano de cola.

—Miren, qué lindo —dijo Constanza. Levantó la tapa y tocó una de las teclas.

El sonido chocó con las paredes desnudas y se amplificó en los oídos de Margo. Una tela de araña que colgaba de la lámpara del techo le rozó la cara. Ella le dio un manotón para apartarla.

—Mira, Margo —Constanza señaló unas fotografías sepias, orilladas de oro, que colgaban de uno de los muros. Hombres, mujeres y niños que posaban muy serios, solos o en grupos, vestidos con sus mejores galas.

—Los parientes de la tía Carlota —dijo Margo.

Pensó que era raro imaginar a esas personas vivas, igual que ella. Los vio recorriendo las estancias con sus

trajes, sus caras antiguas. Sus voces entrando y saliendo de las habitaciones.

—¿A ellos no les importa que vivamos en su casa?

La voz de Eva a sus espaldas las sobresaltó.

—Esas personas están muertas, Eva. Desde mucho antes de que nacieras —dijo Margo.

—A él no le gusta.

—¿A quién, Eva?

Eva indicó el retrato al óleo de un joven capitán de barco vestido con uniforme. La pintura no era buena. La boca y el mentón eran demasiado rígidos para verse reales. El pelo rojizo era apenas un manchón sobre la cabeza. Lo único que se veía auténtico eran unos vivaces ojos azules que parecían observarlas desde allí.

—Ese señor también está muerto —dijo Margo.

—Sí sé. Él me lo dijo.

—Ven, Eva —dijo Constanza—. Vamos a conocer el resto de la casa.

Margo encendió el interruptor de la pared y el salón se iluminó con una luz amarilla. Duró apenas unos segundos y se apagó con un pequeño estallido. Chubi lanzó un ladrido que resonó en las paredes. Margo le acarició la cabeza para calmarlo.

—Estas cosas pasan en las casas antiguas. Para eso son las velas —dijo Constanza—. No hay que tener miedo.

—Yo no tengo miedo —dijo Eva.

«Claro», pensó Margo, esa era una de las cosas que caracterizaba a su hermana. Nunca tenía miedo de nada.

—Vamos, niñas —dijo Constanza—. Bajemos las cosas de la camioneta antes de que oscurezca.